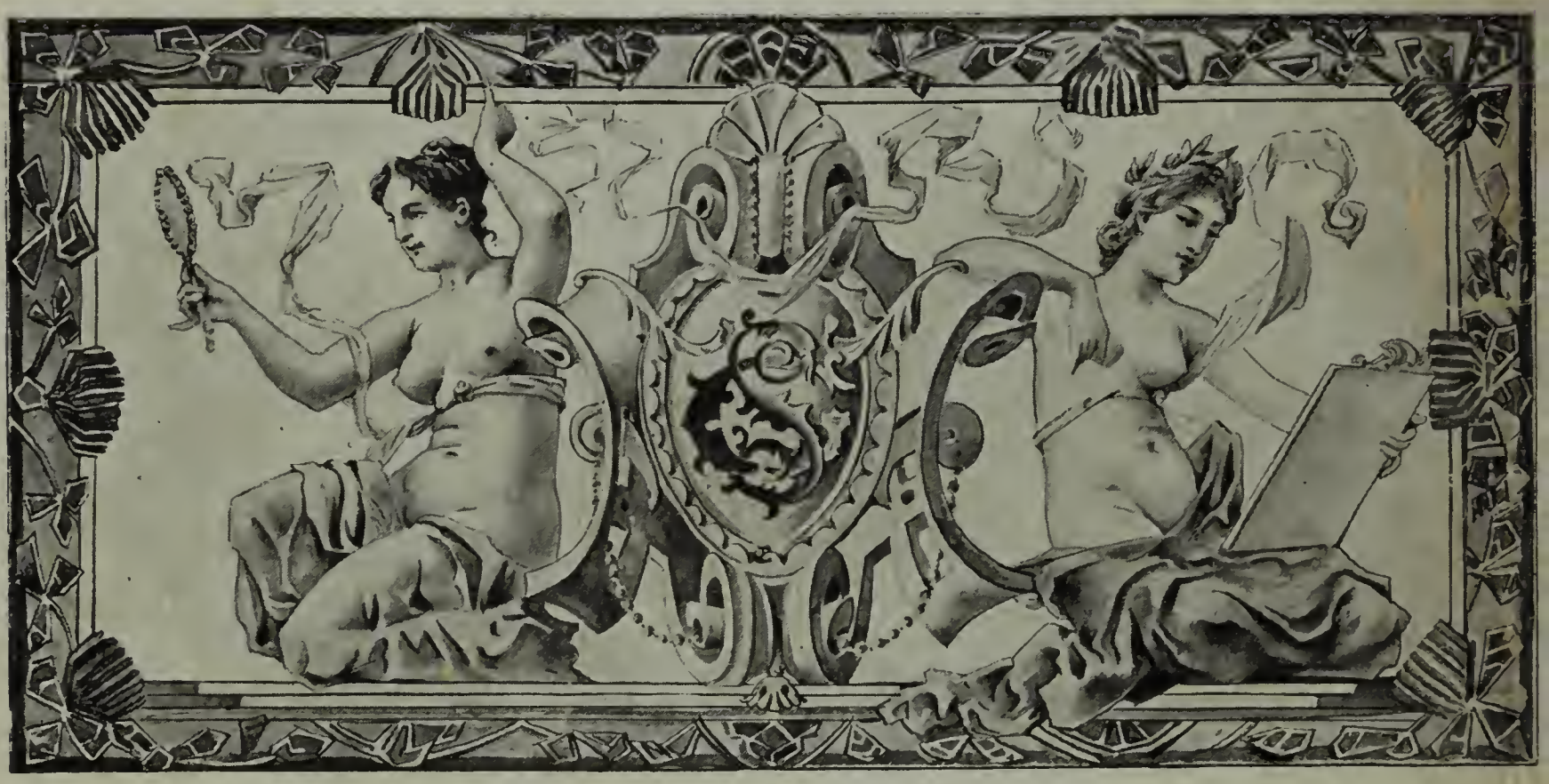
Maria

(Comedia en 3 actos)



PANNEAU EN OPALINE DÉCORÉE

MARÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Luís Planas de Taverne

REPRESENTADA

POR PRIMERA VEZ

en el Teatro de NOVEDADES

de BARCELONA

el día 23 de Diciembre de 1892

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. BALMAS PLANAS

Calle del Correo Viejo, n.° 5

1893

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante. A derecha é izquierda dos puertas. En el fondo la puerta de las antesalas. Consolas en el fondo. A la derecha primer término, sofá y sillas. En el centro, velador y además algunas sillas. A la izquierda, primer término sillones. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARIA y DOÑA PETRA sentadas en el sofá

MAR. Las seis ¡Dios mio! (mirando el reloj).
D.ª PET. Por Dios, ten un poco de paciencia,
MAR. Culpa ha sido la ocurrencia
de Carlos.
D.ª PET. No, de los dos.
Además, que ya se sabe;
el uno con sus manías
y eternas filosofías
de lo antiguo y de lo grave;
y el otro con sus pasiones
y su cabeza sin seso,
fanático del progreso
y aún henchido de ilusiones;
son capaces en su inquina,
de tener, acalorada,
una disputa por nada
á la vuelta de una esquina.
MAR. Y entre tanto sin saber
noticias.
D.ª PET. Ya las tendrás.
Tú apenarte cuando vas
á verle.
MAR. Volverle á ver.
Hallarle al fin á mi lado,
mirarle contínuamente,

y unir, dichosa, al presente
los recuerdos del pasado.
Oirle otra vez hablar
y sus penas referir,
con sus venturas reir,
con sus desdichas llorar.
Léer en su rostro curtido
por los fieros elementos,
los combates y tormentos
que por mi bien ha sufrido.
Pagar con una mirada
su largo trabajo duro;
poderle decír: mi Arturo
aquí está tu desposada.
Esclava de tu querer,
te guarda por galardón,
incólume un corazón
que siempre tuyo ha de ser.
Ah, tia, como se graban
los recuerdos de cariños,
en el corazón de niños
que ya entre juegos se amaban.
Era una tarde serena,
al fin del jardín jugaba,
y solita dibujaba
mil signos sobre la arena.
Tú me viniste á buscar,
hasta el salón me tragiste
y dentro de él me digiste:
—Ya tienes con quien jugar.—
Era Arturo, que á los rojos
destellos del sol ponente
mostró su pálida frente
y con lágrimas sus ojos.
¿Por qué llora? pregunté.
—Su mamá ha muerto—¿Por eso?
—No te gusta? Dale un beso—
Se lo dí y con el lloré.
Calmóse su desconsuelo.
Dije: ¿No tienes mamá?
—Sí la tengo—¿Dónde está?
—Mirándome desde el cielo.—
De entonces ni un solo día,

estuvimos separados.
¡Oh! dulces tiempos pasados
en inocente alegria.
Río de amor fraternal,
que guardé en el pecho mío
como gotas de rocío,
en bucaro de cristal. (Pausa)
Al fin los años pasaron
y nuestros cuerpos crecieron
y nuestras almas sintieron
y á los lábios se asomaron.
Y una mañana gentil
el uno al otro, sujeto,
llevóse nuestro secreto
la primer brisa de Abril.
Con suprema candidéz,
un beso, los esponsales
selló, bellos funerales
de la pasada niñez.
En nuestra felicidad
hubo un amargo destello;
Arturo llevaba el sello
de pobreza y horfandad.
Y luchando en su interior
entre el honor y el querer,
quiso imponerse un deber
y ahogó en su pecho el amor.
—En busca voy de fortuna
que la suerte no me trajo;
á vencer con el trabajo
los rigores de la cuna.
Llanuras me muestra el mar,
pan una tierra extranjera;
por tu dicha venidera,
voy á sufrir y á luchar.
Más, si me niega su luz
mi destino desdichado,
vendré á buscar á tu lado
una tumba y una cruz.—
Dijo: ¡y luego se marchó!
seis años léjos de mí;
pero al cabo vuelve aquí
y su promesa cumplió.

Noble, rico y bueno y vencedor.
hoy anhelante le espero;
él viene, rico en dinero,
le aguardo, ¡rica en amor!

D.ª PET. Niña, de oirte me pasmo;
no te ha entrado poco fuerte,
digo, si pudieras verte,
que gritos, que entusiasmo.

MAR. Aun no lo sabes tú bien;
mi amor cada día crece
y Arturo se lo merece...
¡Ay Dios mío! ¿y ese tren?

D.ª PET. Ten un poco de paciencia,
Más aprisa el tren viniera,
si llevase en su caldera
el fuego de tu impaciencia.

ESCENA II

Dichas y D. PEPE que entra por el foro derecha.

D. PEPE. Gracias á Dios que he llegado.

MAR. ¿Está aquí el tren?

D. PEPE. No por cierto.
Estoy yo, más vengo muerto,
con el trote que me he dado.
Cual tú, impaciente también
de adelantar el momento,
faltando á mi juramento
pisé el suelo del andén.
La atmósfera caldeada.
mil silbidos estridentes,
campanadas, y las gentes
en multitud apiñada,
buscando con interés
quien, un amigo querido
quien, algún reloj perdido,
quien, huyendo de un inglés.
Dió un badajo la señal
y como un viviente alud,
penetró la multitud
en aquella saturnal.
Y ya no existió reposo

en aquellos corredores,
mezcla vil de cien clamores
que en estrépito horroroso
y armonía discordante
de gritos y confusión,
convirtió aquella estación
en un campo de Agramante.
Sin poder resistir más
salí molido y maltrecho,
y al ensancharse mi pecho,
la ancha plaza al contemplar
gracias dí, con voz doliente,
á Dios de haberme librado
de aquel lugar condenado,
Babel del siglo presente.
Bien lo he aprendido á mis costas
de mil formas y maneras.
¡Qué me vuelvan las galeras
y antiguas casas de Postas!

MAR. ¡Muy bien tio! Pues señor,
he quedado como estaba.

D. PEPE. Carlos que me acompañaba
podrá enterarte mejor.

MAR. Pues buscarle donde se halle.

D. PEPE. Hasta aquí llegó conmigo,
pero, encontróse un amigo
y quedó hablando en la calle.
Más ya pronto lo sabrás, (mirando hacia el foro)
porque llega el retrasado.
¡Un progresista avanzado
que siempre se queda atrás!

ESCENA III

Dichos y CARLOS que entra por el foro derecha

MAR. Al fin saldremos de apuros.

D. PEPE. Pues bien te hiciste aguardar.

CAR. Es que acabo de prestar
á un amigo, veinte duros.

D.ª PET. Lo dices con esa calma

D. PEPE. Entra acaso en tus ideas
tirar el oro.

CAR. No creas
que me han salido del alma.
Más es un chico afiliado,
ha tiempo, en nuestro partido,
un escritor distinguido,
y un liberal exaltado.
Su honor le iba en caso tal,
como no tender la mano
al ver, lloroso, á un hermano
de la *logia universal.*

D.ª PET. En este caso, me callo,
Si le sacaste de apuros.

D. PEPE. El fin de estos veinte duros
será...

CAR. ¿Cuál?

D. PEPE. Algún caballo.

CAR. Siempre el desprecio profundo
para todo el que merece...

D. PEPE. Es que soy sol que anochece
y he visto ya mucho mundo.

MAR. ¿Pero y el tren?

CAR. Es verdad,
Nos habíamos distraido;
hace rato que he sabido,
que llegó sin novedad.

MAR. ¿Y Arturo?

CAR. También llegó.
Me extraña que no esté aquí.
No oís; para un coche.

D. PEPE. Sí.

MAR. Es él.

D.ª PET. ¿Bajas Carlos?

CAR. Nó. (Salen por el foro derecha).

ESCENA IV

CARLOS

Llegó el instante temido.
Huye la dicha pasada,
sombra de un cielo sin nubes
reflejándose en el agua.
Adios por siempre ilusiones.
Quede en el fondo del alma,

el solo recuerdo puro,
cual solitario fantasma
que allí, en mis noches en vela,
en las sombras se mostraba.
Hoy viene del otro mundo
el que, dichoso reclama
la mujer que no me quiere,
y al llevarse la esperanza
solo cenizas me deja
en el hogar de mi alma.
Ocultaos sentimientos,
y no agitéis vuestras alas,
y sea de mis dolores
mi alegre rostro la máscara.
Que soy yo, ni que merezco,
ni que valen mis palabras?
Soñador, sin ilusiones;
patriota, que odia á su patria;
poeta, que sus abortos
oculta dentro su casa.
Sin porvenir, sin fortuna,
loco vulgar, todo farsa,
que si no moviera á risa,
quizás inspirara lástima;
á que andarse por las nubes,
es el lodo mi morada.
Adios ilusiones mías,
que ya tornaste á la nada!

ESCENA V

Dicho, MARIETA, D.ª PETRA, D. PEPE y ARTURO con traje de viaje entran por el foro derecha

D. PEPE. Por fin aquí le tenemos.
MAR. ¡Y qué guapo!
D.ª PET. ¡Y qué moreno!
CAR. ¿Cómo estás Arturo?
ART. Bueno.
D. PEPE. Si quieres nos sentaremos. (Se sientan)
Tu llegarás fatigado.
Desde París hasta aquí.
ART. No mire tio, por mí,

me encuentro muy descansado.

D. PEPE. ¿Qué tal América?

ART. Bien;
para el pobre desterrado,
que llega necesitado,
es América un Eden.
El que á su seno se lanza,
le premia cual se merece,
alienta al que desfallece,
dá certeza á la esperanza.
Mil veces creí rendirme,
mil escollos encontré,
pero al cabo siempre hallé
algún apoyo que asirme.
Seis años sobre el país,
me dieron un puesto honroso,
si ser rico es ser dichoso,
yo D. Pepe, soy felíz.

MAR. (Aparte) Noto no se que esquivez
en su rostro antes leal,
algo que no es natural
que se dibuja en su tez.

D.ª PET. ¿Y no pensaste algún dia
en ver de nuevo este sol? (Señalando á María)

ART. ¡Y cómo siendo español
olvidar la patria mía!
En aquella tierra extraña
en el aire estremecido
murmura siempre, escondido,
el espíritu de España.
Esta allí llevó la luz
y la tierra conquistó,
por ella Colón clavó
sobre sus montes, la cruz.
Mal que á América le cuadre,
si independiente se muestra,
América es cosa nuestra
como un hijo es de su madre.

MAR. (Aparte) ¿A qué tanto disertar,
tanta frase y tanto gesto?
Parece que está molesto
y se excusa de mirar.

D.ª PET. (levantándose) Arturo con tu permiso.

ART. ¡Vaya, no faltaba más!
D.ª PET. Pepe me acompañarás,
para arreglar lo preciso. (Sale 2.ª puerta izquierda)
D. PEPE. Pues Arturo hasta después.
CAR. Yo, si queréis algo, estoy
en el salón, donde voy
á aguardar..... (Sale foro derecha)
D. PEPE. ¿A algún inglés?

ESCENA VI

MARIA y ARTURO algo meditabundo

MAR. Muy fatigado estarás,
cuando tras tan larga ausencia,
al hallarte en mi presencia
nada dices?
ART. Tu verás.
Cuando la meta se toca,
muy grandes causas abogan;
los sentimientos ahogan
las palabras en la boca.
MAR. Más cuando léjos de aquí,
aislado y triste te hallabas,
cuéntame lo que pensabas
y si pensábas en mí.
ART. No te olvidé ni un momento,
fuiste mi norte y mi estrella,
y reinó tu imagen bella,
dentro de mi pensamiento.
MAR. Nada más quiero saber
de mi dicha, tu fortuna
no me importa cosa alguna,
solo aspiro á tu querer.
De eterna felicidad
vamos á gozar Arturo.
ART. A veces el sol más puro
esconde una tempestad.
Brilla la noche serena
y todo calma respira,
cuando el huracán, con ira
su fúria desencadena.
Con destellos de carmín,

flor que atrajo la mirada,
hoy yace, mústia y secada,
en el fango del jardín.
¿Quién al amor no aspiró?
¿Cuántos la dicha soñaron?
Castillos que se forjaron
el tiempo los derrumbó.

MAR. La dicha de poseerte (con alegría)
no es esperanza fingida.

ART. (con cierto embarazo) Tan solo es cierto en la vida
la esperanza de la muerte.
El llegar yo vencedor,
tu ventura hizo tangible,
y con todo, hizo imposible
el destino nuestro amor.

MAR. No entiendo. (con sorpresa)

ART. Suerte cruel.
Llora triste tu abandono.
Tú merecías un trono
y yo, vil, he sido infiel.

MAR. Pero dime, desdichado, (con enojo)
¿es burla, ó es, vive Dios,
que estamos locos los dos?

ART. No, la verdad, me he casado.

MAR. ¿Casado? No puede ser,
primero faltará el día,
eres tú, tal villanía,
incapaz de cometer.
Dudé de tí, y me castigas
por tener flaqueza tanta,
pero esta burla me espanta,
te lo ruego, no prosigas.

ART. María, que horrible lucha.
Tu desventura es real;
á tu amor fuí desleal.

MAR. No quiero creerte.

ART. Escucha.
Por mi honor y por mi fé,
mi conciencia y mi hidalguía,
te juro, pobre María,
que hace un año me casé.

MAR. ¡Tío, tía, Carlos, venid!
Venid aquí, que estoy loca.

Maldita sea tu boca.
Yo muero. (vacila y cae desmayada en el sofá)

ART. ¡Pronto acudid!

ESCENA VII

Dichos D.ª PETRA y D. PEPE entran por la segunda puerta izquierda y CARLOS por el foro derecha

D. PEPE. ¿Qué pasa? (D.ª Petra y D. Pepe van á socorrer á María)

ART. Que al conocer
que nuestro amor no es posible,
este desengaño horrible
la hizo desvanecer.

D. PEPE. ¿Qué no es posible? ¿Por qué?

ART. Porque aun que lo deplore,
hace un año en Baltimore...

D. PEPE. ¿Qué hiciste?

ART. Pues me casé.

MAR. Dios mío, sueño ó deliro, (vuelve en si)
¿ó es cierto lo que he escuchado?

D PEPE. ¿Qué has hecho desventurado?

CAR. (Aparte) De cólera no respiro,
Y para esto sufrí
la tempestad que aquí arrecia,
para ver que otro desprecia
lo que soñé para mí.

ART. Solo dije la verdad.

(con energía) He sido infame, perjuro,
más no por gusto lo juro
fué cruel fatalidad.

(con tono suplicante) Marieta, por Dios te pido,
que si te perdí por necio,
no pagues con tu desprecio
lo que fué deber, no olvido.
Castiga, justa serás,
sufra rigor y desvío,
pero tu desprecio frío,
esto no, ¡núnca, jamás!

MAR. Libre fuiste, y libre eres. (con ironía)
Faltaste á la fé jurada,
más, que importa, no son nada
juramentos á mujeres.

No pueden vengarse, no,
cuando en íra, su pecho arde,
ni pueden llamar cobarde
al hombre que las vendió.
Solo muestran sus enojos,
y sus amores perdidos,
con ayes y con gemidos,
y con llanto de sus ojos.
Así me pagas infiel
mi amor constante y profundo.
¿Quién es sincero en el mundo,
si hasta fué perjuro él? (Salen 1.ª puerta derecha)

ESCENA VIII

Dichos menos MARIETA y D.ª PETRA

D. PEPE. (Pausa) Bien te portaste. Pardiez.
Pobre niña, así burlada,
pagar con tal canallada
su inocente candidéz.
Vaya, no tienes perdón,
ni esperes que te lo pase.
Lo que tú has hecho, nó lo hace
un hombre de corazón.
Vé á los tuyos otra vez
de tus hazañas testigos,
aquí, no somos amigos
de engaños ni de dobléz.
Vuelvé con esa mujer
que te habrá sorbido el seso;
lo que es nosotros *á eso*,
ni aun lo intentaremos ver.

ART. (Sin poderse contener) D. Pepe. Quien se atreviera
su nombre así profanar,
la infamia le haré tragar
en su casa y en cualquiera.
Porque fué mi padre V,
pudo acabar de decirlo;
más no vuelva á repetirlo,
porque no lo sufriré.
Y ay de aquel, que no le cuadre
respetar á mi mujer.

Calumniar mi pobre Esther
tan pura como mi madre.

D. PEPE. ¿Aún amenazas?

ART. No tio.
De que sirve amenazar
¿No veis que voy á llorar,
y hasta tiemblo á pesar mío?
Mil veces, ¡ay Dios! pensé
en mi arribo, con temor;
pensé tener más valor
y mísero, me engañé.

(ARTURO se tapa la cara con las manos y solloza. D. PEPE le mira fijamente. Pausa.)

D. PEPE. De que secreto es arcano
su alma, que así se aflige
y llora; mi honor exije
que vuelva á estrechar su mano.
Yo le haré volver á mí
y al fin lograré que hable;
no puede ser tan culpable
quien sabe llorar así. (Sale fondo derecha)

ESCENA IX

ARTURO y CARLOS

CAR. Arturo, por Dios, se hombre,
no te dejes abatir
¿Tanto supiste sufrir
y hoy te rindes?

ART. No te asombre.
Que si á fuerza de llorar
calmara á estos inocentes,
mis ojos, como dos fuentes,
no cesarán de manar.
Reñir tan dura batalla,
ver realizado mi ensueño,
y al fin, como frágil leño
ir á estrellarme en la playa.
Tú no puedes comprender
la horrible lucha empeñada,
entre una palabra dada
y un inflexible deber.

Es como pasar la vida
en cilicios y dolores,
soñando con los albores
de la gloria prometida;
y al ver ya cierto el anhelo
y las murallas abiertas,
al ir á tocar las puertas
ser arrojado del cielo.
No buscaba en mi dolor
consuelos ni lenidades,
más tan duras realidades...
no hay infortunio mayor.

CAR. Sí lo hay, Arturo, y feroz. (con amargura)
Que si los tuyos amargan
los otros, frios, embargan
el pensamiento y la voz.
Tú, serás el pecador
que, por supremo consuelo,
pudiste lograr el cielo
con tu constancia y amor.
Tú, solo, te lo perdiste
y perjuro lo olvidaste,
á otra mujer entregaste
lo que guardar ofreciste.
Tú, puedes mirarte en tí
y decir: que no me ame,
yo fué un perjuro, un infame,
que robé, lo que antes dí.

(transición) Para mí no hay compasión,
yo, ni cruel, ni falsario
recorrí, solo, un calvario
en donde no hay redención.
Tú culpable de un desliz,
ingrato con una hermosa,
podrás volver á tu esposa
y á la postre ser feliz.
Más yo no, que por mi sino,
á sus ojos, en consorte,
tengo el placer, como norte,
y la orgía por destino.
A tí quizás te odiarán
por ser á tu amor infiel,
á mí no, ¡suerte cruel!

á mí me despreciarán.
Que esta niña enamorada,
por más que ocultarlo trate,
solo vé en mí un botarate
que no sirve para nada.

ART. ¿Tú la quieres? (con alegria)

CAR. Pues bien sí,
esta es mi amada, María.
¡La mujer que se moria
por verse lejos de tí!

ART. Sientate aquí. La verdad..
La amas mucho.

CAR. ¿Qué si la amo?
Si es la Vírgen que proclamo
en mi eterna soledad.

ART. Pues será tuya.

CAR. Por Cristo. (con furor)
cuidado conmigo Arturo,
fuera burlas, pues te juro
que ni á tí te las resisto.
Diviértete á tu sabor
con mis vicios, mis locuras,
mis gustos, mis aventuras,
más no oses á mi amor.

ART. Modera tu sinrazón
y tu carácter fogoso;
no ves que, al ser tú dichoso,
alcanzo yo mi perdon.
No ves que por egoismo
lo hiciera también así,
y que el protejerte á tí
es protejerme á mí mismo.
Vete y déjame luchar,
que aun mana sangre la herida
más, á trueque de mi vida,
su dicha he de procurar.
En mí el servir á tu amor
es un caso de conciencia,
y al ser yo tu providencia
eres tú mi redentor.

CAR. Nada, Arturo, se me alcanza
de tus soñadas venturas,
y solo veo negruras

donde tú ves esperanzas.
Vana tu empresa será,
por lograr lo que apetezco,
con todo te lo agradezco.

ART. Dios no me abandonará.

ESCENA X

Dichos D. PEPE por el foro derecha, luego MARIETA y DOÑA PETRA

D. PEPE. Una señora llegó.
Tu esposa.

ART. Me lo figuro.

D. PEPE. ¡Ay que no llegue aquí, Arturo!

ART. ¿Qué no llegue? ¿Por qué no?
En donde está mi mujer,
honra dá á quien la recibe.

D. PEPE. Más viviendo aquí quien vive.

ART. Pues por eso debe ser.
(llamando) Pronto aquí, Marieta, tía. (Sale fondo derecha)

(Entran Maria y Doña Petra por la primera puerta derecha.)

MAR. Aun aquí.

D.ª PET. ¿Qué pasa? á ver. (Pausa)

(Arturo vuelve del brazo de Esther y se colocan en el centro de la escena, doña Petra y María primer término derecha, D. Pepe y Carlos, primer término izquierda. Arturo hace la presentación según indica el siguiente verso.)

ART. Mi tia. Mi esposa Esther,
mi prima.

MAR. (Aparte) Cuanta ironía

(Esther que ha bajado al proscenio hasta colocarse frente por frente de María.)

ESTHER. Prima, mucho deseé
este instante venturoso,
sé cuanto os quiere mi esposo.

MAR. ¡Yo muero! ¡Dios mio! (Vacila y cae en brazos de doña Petra).

ESTHER. ¿Eh?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el vestíbulo de una fonda. Puertas á la izquierda que dan en el interior. A la derecha primer término balcón. En el fondo derecha, puerta de entrada; en el centro puerta con cristales y en la izquierda otra puerta que comunica con las demás dependencias. En el primer término, izquierda velador, junto á él sillas, encima recado de escribir y periódicos. Mesa centro. Entre las dos puertas de la izquierda, consola, encima reloj. En el primer término derecha, una mecedera y sillas, en el segundo, pegado á la pared, un sofá.

ESCENA PRIMERA

D. PEPE, CARLOS y PERUCHO de librea, entran por el fondo derecha

PERUCHO. Pues, si señor, han salido,
pero no pueden tardar.
Por cierto, que el señorito
por quien preguntan, está
malucho, por lo que entiendo,
pues ayer tarde, al llegar
con su señora y el negro,
al preguntarle: Que tal,
encuentran bonito el cuarto,
¿tiene V. necesidad
de alguna cosa? ¿desea
que suba del restaurant
algo? Se echó en una silla
y se puso á suspirar.
Quise saber que tenía.
Y no por curiosidad,

pues saber núnca deseo
lo que no me importa. Más,
yo creí, que útil sería;
pero en vez de contestar,
la señora, que parece
tener un genio, que ya...
me acompañó hasta la puerta,
y dijo con sequedad:
—Si algo ocurre, llamaremos,
ya se puede V. marchar.—
Y les pregunto yo á Vdes.
¿Hay descortesía igual?
Atropellar de este modo
mi respetabilidad;
yo que soy hombre callado,
y no murmuro jamás.

D. PEPE. Ya se conoce á la legua:
Más volviendo á lo esencial,
si tienen que volver pronto
les podremos aguardar.

PERU. Como V. guste.

D. PEPE. Muy bien.
Si se quiere V. marchar
ahora no lo necesito.

PERU. Caballero, (aparte) otro que tal,

D. PÉPE. Y aquí tiene V. (dándole una moneda)

PERU. Mil gracias.
(aparte) Vaya, así puede pasar.
Pues si viene el señorito
diré que aguardando están.

ESCENA II

D. PEPE y CARLOS, éste sentado al lado del velador estará hojeando los periódicos

D. PEPE. Deseo una explicación
y es preciso que la obtenga.
Dios haga que pronto venga,
y me dé la solución.
¿Cómo es posible que Arturo,
antes un chico formal,
se haya portado tan mal;

no lo entiendo, te lo juro.
Y su casamiento es serio.
¿Más por qué nos lo ocultó,
ó al menos no lo escribió?
Aquí Carlos hay misterio.
¿Tú que pudiste observarlos
qué te pareció?

CAR. (distraido) No entiendo.

D. PEPE. Oye chico, estás durmiendo
ó es que estás en Babia, Carlos.

CAR. No, sin querer me distraje
y casi no le escuché,
dispense; decía V.,
que María...

D. PEPE. (le mira y dice volviendo la espalda) Buen viaje.
Te veo por mal camino.
Muchacho, que felíz eres,
solo piensas en mujeres
y en el monte del Casino.

CAR. Tio, por Dios, que suplicios.
También es rara manía,
el estarse todo el día,
echándome en cara vicios.
Solo encuentra en mí á su modo,
dentro sus ideas rancias,
en mi mente, estravagancias,
dentro de mi pecho, lodo.
Si me hundí en el lodazal
me arrepiento, y no le asombre;
un niño fuí, soy un hombre;
tráteme V. como tal.

D. PEPE. No te enfades. Por tu bien
te sermoneo, y no más,
me callo, te dejo en paz
por siempre, jamás, amén.
Mas no obstante, me dá grima
que mientras me vuelvo loco,
tú te detengas tan poco
en las penas de tu prima.
Y lo siento, francamente;
pues que no habla en tu favor
el observar su dolor
y mostrarte indiferente.

CAR. (con energía) Indiferente, por Dios,
si le sirviera mi vida
vería V. enseguida
quien la ama más de los dos.
(dominándose) ¿Pero yo qué puedo hacer?
No existe remedio yá,
Arturo casado está;
á que, pues, el remover
la inevitable desdicha,
é inquirir vidas ajenas;
llore María sus penas
y goce Arturo su dicha

D. PEPE. Esto no, que, por mi fé,
si no encuentro causa honrosa
ni logro hacerla dichosa
al menos la vengaré.

CAR. Diga V., y con que derecho,
tal cosa vá V. á emprender.
¿Por qué castigar á Esther,
que á V. ningún mal le ha hecho?

D. PEPE. ¿A Esther?

CAR. Claro. Su marido
es quien vá V. á castigar,
y ella deberá pagar
culpas que núnca ha tenido.

D. PEPE. Más, de Marieta el dolor.

CAR. Hallará al cabo consuelo,
jamás es injusto el cielo
y el tiempo es un gran doctor.
Nada, pues de intervenir.
Llore, Maria, afligida,
que en el libro de su vida
aun hay mucho que escribir.

ESCENA III

D. PEPE, CARLOS y ARTURO que entra por el fondo derecha

ART. (tendiéndoles la mano) ¡Tio! ¡Carlos! que placer.
Siéntense Vdes. aquí.

(Se sientan D. Pepe á la derecha, Carlos á la izquierda y Arturo en el centro.)

¿Han venido á verme?

D. PEPE. Sí.
Era para mí un deber.
Dejo á parte la amistad,
y el amor de tu niñéz;
hoy, por la primera vez,
recurro á mi autoridad.
Siempre á mi lado, has crecido,
yo tus pasos he guiado,
el bien y el mal te he mostrado,
como un padre te he querido.
Que, si otro te enjendró,
al llevárselo la muerte,
quiso la dichosa suerte
qúe fuese tu padre yo.

ART. Su cuidado cuando niño,
tio, jamás he olvidado,
por esto le he profesado
siempre respeto y cariño.
Es un hijo quien le escucha,
dígame V. lo que quiera.

D. PEPE. Marieta, Arturo, se muere.

ART. (aparte) Otra vez, horrible lucha. (Pausa)

D. PEPE. ¿Nada respondes?

ART. ¿Yá qué?
Que le puedo á V. decir
si no me es dado elegir,
ni lo permite mi fé.
Tengo esposa, que me adora
y en mi cariño confía.
¿La dejaré por María,
porque me ha querido y llora?
Si sangra su corazón,
nada puedo hacer por ella,
que lo quiso así mi estrella
y no cabe solución.

D. PEPE. Más no es inícuo é infame,
como tú lo hiciste, obrar.

ART. (levantándose) Ella lo podrá pensar.
y es justo que así me llame.
Pero á nadie entiende V.,
á nadie, le doy derecho,
á calificar lo hecho

y la forma en que yo obré.

D. PEPE. Soy tu tio.

ART. Y es razón
para venir á insultarme
á mi casa, y á llenarme
de improperios y baldón.

D. PEPE. Para cumplir mi deber
el que acrimine me es dado
á tí, tu esposa y.....

ART. (amenazándole) ¡Cuidado!
¡Qué falte V. á mi Esther!

(Esther que cruza por el foro al oir las voces se detiene y mira á traves de los cristales y se coloca detrás de la vidriera, desde donde escucha el resto de la conversación.)

CAR. (interponiéndose) ¡Detente, Arturo! que es esto.
D. Pepe, por Dios, más calma.

D. PEPE. Arturo no tienes alma,
y en tu dolo, echaste el resto

ART. ¡Ay de mí! Con que crueldad
me trata V. sin oirme
cuando, en vez de maldecirme,
me debiera su amistad.

D. PEPE. Pues bien, sepa de una vez
la causa de tu mudanza,
porque á mí, no se me alcanza
otra cosa que doblez.
Que vea en tus nuevos lazos
y en tu mal obrar razones;
y en vez de mis maldiciones
tendrás de nuevo mis brazos.
Cuenta pues.

ART. Que he de decir.
¿Estaría decoroso,
que yo mismo, yo, el esposo
fuese ahora á delinquir?
Ofender á la que un día
me entregó su corazón,
para dar satisfacción
al enojo de María.
Núnca, deploro el pasado
y á la mujer que lo llora,
más amo y respeto ahora

á la mujer que he encontrado.

D. PEPE. Es muy cómodo, á fé mía,
tu modo de proceder,
poner por escudo á Esther,
al enojo de María.
Y quiere por Belcebú
que su nombre respetemos;
si nosotros no lo hacemos
danos el ejemplo tú.
Yo nada tengo que ver
con esta buena señora,
y me rio, desde ahora,
de tu amor y tu deber.
Venir, mi obligación fué,
y en cumplirla no transijo,
y la explicación, que exijo,
á los dos la pediré.

ART. Cállese V. por favor,
que no se entere de nada,
la hiciera desventurada
conocer, mi antiguo amor.

D. PEPE. (levantando la voz) Pues yo te juro pardiez,
como una razón no obtenga,
que gritaré hasta que venga,
para acabar de una vez.

ART. (fuera de sí) Yo haré, si cumple esta loca
y traicionera amenaza,
de su corazón mordaza
para taparle la boca.

D. PEPE. ¿Me amenazas?

ART. Si por Dios;
para evitarla un disgusto
me batiera, por mi gusto
con cualquiera de los dos.

(Carlos que ha seguido con interés este diálogo al oir el último verso se adelanta y dice con tono provocativo.)

CAR. Arturo.

ART. ¡Más bajo digo!
Que no tengo más paciencia,
y se acabó la indulgencia
al pariente y al amigo.
Que no tolero jamás

ni gritos, ni imposiciones;
y para abreviar razones,
que están Vdes. de más.

CAR. Modérate Arturo.

ART. No.
harto me hicisteis sufrir,
no tengo más que decir.
Se van Vdes. ó yo.

CAR. Arturo.

ART. Dejadme en paz.

CAR. Da siquiera una razón.

ART. No daré de mi opinión,
á nadie cuenta jamás. (Pausa)

D. PEPE. Que fueses núnca pensé
tan mal hijo y mal amigo.

(D. Pepe se dirije al fondo derecha y dice desde la puerta.)

Vamos, Carlos.

CAR. Ya le sigo. (este al pasar junto á Arturo le dice)
Arturo, yo volveré. (Salé fondo derecha)

ESCENA IV

ARTURO, luego ESTHER por el fondo

Lucha corazón. Tus penas
el destino te ha marcado
y nadie te compadece.
Que porvenir tan amargo,
que existencia más sombría.
Pasad mis sueños dorados
que consolaste mi ausencia
en el suelo americano.
No hay solución. De mi vida
salen injustos al paso,
á mis deberes de ahora,
mis juramentos de antaño.
Y á los ojos de mi tio,
mi tía, Marieta y Carlos.
solo merezco reproches
por desleal y por falso;
y hasta mi esposa... Dios mío,
que nada sepa, que acaso

también cual todos me viera,
y le dolieran los lazos
que con la dicha de todos,
injustamente, he pagado.
(Se sienta en el sofá) No puedo más, no es posible
resistir, fuerza no hallo
en mi pecho, basta; á América.
Otra vez despatriado. (entra Esther)
Si allí mis faltas no enmiendo,
de mi Esther entre los brazos,
olvidaré las desdichas
de un doloroso pasado;
sombra inerte que se esfuma,
del anchuroso Oceano
entre las olas perdidas
qué la brisa ha amontonado.
(Esther que ha ído acercándose lentamente coje á Arturo por la espalda.)

ESTHER. Arturo.
ART. (con interés) Esther mía; ¿Estabas
aquí hace un rato?
ESTHER. (Con mucha naturalidad, procurando sostenerla hasta el final de la escena.) No á fé.
Hace un momento llegué.
Más tú, que solo te hallabas,
que hacías.
ART. Pensar en tí.
ESTHER. Muy galante es la respuesta.
Más, se me ocurre una apuesta.
¿Quieres que apostemos?
ART. Dí.
ESTHER. En mi patria positiva (Se sienta al lado de Arturo)
de prosaicos sentimientos,
no hacen falta juramentos,
ni otra promesa mas viva.
Sabiendo que el norte es,
de nuestra vida, el dinero,
por probar lo verdadero
acuden al interés.
Y en estos casos expresos,
quien de un hecho está seguro,
en vez de decir: Lo juro,
apuesta quinientos pesos.

Como tú, vas á negar
lo que te voy á decir,
por no dejarte escurrir
tú y yo, vamos á apostar.
Primero, te apuesto esto.
Tú estás afligido Arturo;
no me digas: Yo te juro,
has de contestar: Apuesto.
Segundo; que hay aquí, quien
tiene una queja de tí...
no digas ni, no, ni sí;
dí, solo, apuesto también.
Tercero; comprometido
en España, picarón
entregaste el corazón,
faltando á lo prometido,
y conmigo al enlazar
encontraste la ventura.
De esto, Arturo, estoy segura,
y no tienes que apostar.
Conque vamos reasumiendo
el total de las apuestas,
y sumando las respuestas
veré lo que vas perdiendo.

ART. Me rio, de tu total
y de todo lo apostado.
Yo te juro.....

ESTHER. Desdichado,
que pierdes un capital.

ART. Dime, Esther, cual es la idea
que te ha inspirado este tema.

ESTHER. ¿No te gusta mi sistema?
Hablemos á la Europea.
Pues bien, hay un perillán,
que yo creí angelito,
y que ahora sé, que el maldito
fué en España, otro D. Juan.
Que aquí una palabra dió.
Que vino á buscarle un tío,
más como D. Juan es mío,
sabré defenderlo yo.
No se quien tiene razón,
ni es cosa que importe ahora.

Yo iré á ver á esa señora
y arreglaré la cuestión. (Se levanta)

ART. Lo que harás un disparate

ESTHER. Mi dicha le haré observar

ART. El dolor la va á matar

ESTHER. Está muy bien, que la mate.

ART. Tú estás loca.

ESTHER. No, al contrario,
y aquí bien claro se vé,
tú no hiciste de tu fé,
escritura ante notario.
Si al fin tu amor se trocó,
á ella resignarse toca.
¿Te acusa? Pues está loca,
yo que te defiendo, no.

ART. Hombre, me gusta el sofisma
núnca cosa igual pensé.

ESTHER. Pues así se lo diré
cuando la vea, á ella misma.

ART. Intentas acaso.

ESTHER. Pues
ver á María y al punto.
Tú no puedes, de este asunto
siendo parte, ser el juez.
Y en tal caso, á la verdad,
mi presencia es necesaria,
pues siendo la propietaria
defiendo mi propiedad.

ART. Jamás Esther, tu presencia
fuera para mí una afrenta,
no creas que lo consienta.
Para probar mi inocencia
me basta mi corazón,
y fuera acción vergonzosa
el permitir que mi esposa
implorase mi perdón.
En ello tu honor se inmola
con que, júrame al momento,
que no cumplirás tu intento.

ESTHER. Te juro que no iré sola. (con repugnancia)

ART. Gracias, Esther. Ya dispuesto
el viaje tengo, valor.
América es nuestro amor

y allí volveremos presto.
(Le dá un beso en la frente y sale por el fondo izquierda).

ESCENA V

ESTHER

¿A América, eh? si sí.
Ni tú ni yo partiremos
sin que arreglado dejemos
lo que te conviene á tí.
Vaya con esta María
y sus tíos, en que apuro
meten á mi pobre Arturo.
Vaya un tío, y una tía.
Esto no quedará así,
he de hablarles francamente,
y si se enfada esta gente,
al fin, que me importa á mí.
Mi juramento me corta,
pues si le llego á violar,
Arturo, se va á enfadar,
y esto sí, que se me importa.
Y sin embargo es preciso;
hay que salir del apuro
y librar mi pobre Arturo.

ESCENA VI

ESTHER, y CARLOS entra por el fondo derecha

CAR. Señora, da V. permiso (saludando)
ESTHER. Adelante. (aparte) Hola, el primito.
(señalándole que se siente) Y que es lo que V. desea
CAR. (se sientan) Se me ha ocurrido una idea.
ESTHER. (aparte) Contra mi esposo. Maldito.
CAR. Se que voy á desgarrar
su corazón, y me pesa,
pero es cosa que interesa
á V. y María á la par.
Há un instante, en esta sala,
quise á Arturo convencer

pero, no quiso ceder
ni á la buena, ni á la mala.
Mi tio se disgustó,
y se marchó, convencido
de que todo está perdido,
más no lo veo así, yo.
Creo que existe el remedio,
y como la paz ansio,
dejé en la calle á mi tio
y subí buscando el medio
de hablar con V. señora,
y decirle, que el reposo
y la dicha de su esposo,
está en sus manos ahora.

ESTHER. ¿Pero cómo?

CAR. (vacilando) Diré á V.
Arturo se portó mal
por una causa fatal,
que sospecho; en fin, que sé.
Tuvimos ha poco aquí,
algunas palabras vivas.

ESTHER. Déjese V, de evasivas
porque yo todo lo sé.
Háblemе V. sin reparos,
ni hacerme lo blanco negro.

CAR. Lo sabe todo, me alegro,
así andaremos más claros.
Sabe V. el *resentimiento*
entre mi pri a y su esposo,
y no creo que reposo
se logre, si él, al momento,
dejándose de embajadas,
no vá á su casa ahora mismo
y abandonando el mutismo
deja las cosas sentadas,
explicando, al fin, el modo
como las cosas pasaron,
las causas que le obligaron,
en una palabra, todo.

ESTHER. Si mi esposo se negó
ya no verá á esta mujer,
más lo que él no quiso hacer,
ésto, Carlos, lo haré yo.

CAR. Usted.
ESTHER. Yo misma; y á fé
que he de ir, pese á quien pese.
(Aparte) es claro, si voy con ese
no falto á lo que juré!
Y V. me acompañará.
CAR. Será para mí un honor.
ESTHER. Pues hágame V. el favor
del brazo.
CAR. ¡Vamos allá!
ESTHER. Ah, un momento. He de dejar
un recado á mi marido,
para que esté prevenido
de donde me ha de encontrar.
(Se sienta en el velador y escribe, toca el timbre y aparece Perucho fondo derecha)

ESCENA VII

ESTHER, CARLOS y PERUCHO

ESTHER. (á Perucho) A mi esposo. Haz el favor.
(escribiendo) «Me voy á ver á María,
á su tio, y á su tia,
con tu primo. Adios, mi amor.»
(á Carlos) Así todo se concilía.
(á Perucho dándole la carta) Que te quede en la memoria.
(Aparte) Al cabo mi escapatoria
se quedará en la familia. (salen fondo derecha)

ESCENA VIII

PERUCHO con tono sentencioso

Vaya con esta señora,
pues, no es poco decidida,
Y á donde se irá á estas horas
con tan buena compañía.
Aquí hay gato encerrado.
A mí me da mala espina,
que, pudiendo fácilmente
ver á su esposo, le escriba.
Malo, malo, malo, malo.

Porque, á mí que no me digan,
aquí pasa algo muy gordo.
Primero, el de la propina,
después, este mequetrafe
que va con la señorita;
las cuestiones que hace un rato
oí, desde la cocina;
la cara, que D. Arturo,
ayer, al volver, ponía
y después, por fin de fiesta,
esta cerrada misiva.
Creo que, ó mucho me engaño,
cosa que me estrañaría,
están pasando un belen
por una causa escondida.
(animándose por grados) Quizá al pobre don Arturo
le falta la señorita,
ó aquel viejo es un inglés
y el pollo un trapisondista,
ó los cuatro son soldados
de la misma compañía,
ó... en fin, fuere lo que fuere;
pero á mí nadie me quita
que aquí hay misterio y gordo,
que sabremos cualquier día.
Como gozára, en mi caso,
un chinche trapisondista
de estos que gozan, sabiendo
lo que pasa en las familias.
Más yo que soy reservado
y ajeno á bachillería,
ocurra lo que ocurriere,
aunque pase ante mi vista,
á menos que me pregunten
no diré, esta boca es mía.

ESCENA IX

PERUCHO y ARTURO entra fondo derecha

ART. Perucho, mi mujer vé,
si á su cuarto se marchó.
PERUCHO. Hace poco, me entregó

este papel para V.

ART. Para mí.

PERUCHO. Así lo dijo,
y yo su órden acato.

ART. Y se ha ído.

PERUCHO. Ya hace un rato.

ART. Y con quien, dime

PERUCHO. (vacilando) ¡Oh!

ART. (con energia) Lo exijo.

PERUCHO. Pues bien, todo lo diré.
Se ha marchado la señora
con el joven, que ha una hora
vino aquí á hablar con V.

ART. No es posible.

PERUCHO. En esta carta
quizá dé la explicación.

ART. Es cierto, tienes razón.
(lée) ¡Dios mío!

PERUCHO. (acercándose) ¡Qué pasa!

ART. Aparta,
Ya te llamaré después;
es fuerza que sólo quede.

PERUCHO. Ya digo que no se puede
tomar por nadie interés. (Sale fondo derecha)

ESCENA X

ARTURO

Y es cierto, en este papel
ella misma lo escribió;
á su palabra faltó,
fué á su juramento infiel.
En que horrible situación
me pone su ligereza.
Humillará su cabeza,
implorará mi perdón.
Y aun que á María convenza,
rehabilitarme no puedo;
dirán que he tenido miedo.
¡Qué dolor y qué verguenza!
Dirán que, para esponer
mis faltas, yo no me atrevo,

é, hipócritamente, llevo
á su casa mi mujer.
Yo, que todo lo he sufrido,
sus sarcasmos, sus rencores,
soportar tantos dolores
de nada me habrá servido.
No hay instante que perder.
Quizá á tiempo todavía
llegaré, de que María
no logre ver á mi Esther.
Reconozco su bondad,
aun que la ira me ciege.
Dios haga, que á tiempo llegue
de salvar mi dignidad.

(Sale fondo derecha)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

MARIA

Es un sueño ó realidad,
es cierto ó bien que deliro,
cuando deshojada miro
mi eterna felicidad.
No, aquí mismo, junto á mí,
mirándome indiferente,
sin sonrojarse su frente,
me lo dijo y yo lo oí.
Y en vano en ayes sin calma
en su pecho busqué un eco,
su corazón está seco
y tiene agostada el alma.
Sin escusa ni defensa
de su matrimonio hablaba,
y el infame, ni temblaba,
ni moría de vergüenza.
Y hoy, que ya todo ha acabado,
no se quien es más cobarde;
si él, de decirlo tan tarde,
ó yo de haberle escuchado.
Si hasta justo encuentro y cierto
su proceder, si mentida
fué mi pasión, que mi vida
dije que era, y aun no he muerto. (Pausa)
Triste, pretendo engañarme
y aun mi corazón le llora,
y le quiero más ahora,
que sin él he de quedarme.
Mientras mío le creí,
le amé con pura alegría,
tranquila, y hoy le amaría
con locura y frenesí.

Y es que mientras es tangible
la ventura, se desprecia,
y el ansia de amar arrecia,
si se aspira á lo imposible.
Por lograr el cielo, el fiel
no retrocede por nada,
haced más facil la entrada
y nadie querrá ir á él.
Por haberme así faltado,
mi orgullo le odia quizás,
y el alma le adora más
por haberme desdeñado.

ESCENA II

MARIA y D.ª PETRA entra por el fondo derecha

D.ª PET. Pues señor, hete otra vez
desesperada del todo.
Apenarte de ese modo,
es, María, una sandez.

MAR. Por lo que á mi pecho toca
ya no cabe en mí consuelo.

D.ª PET. Pues por las trazas, recelo
que vas á volverte loca.
Te crees, que por ventura,
allá, por mis mocedades,
no he sufrido falsedades
como la tuya, criatura.
Tuve un novio, guapo él,
con todas las condiciones;
pues al mes de relaciones,
ya me había sido infiel.
Fuera el contarte prolijo,
que digo, y otro que un día
resultó con que tenía,
mujer, suegra y cuatro hijos;
y otro que se me escapó
de noche con la criada;
esta si que fué trastada,
como nadie la sufrió.
Si quisiera enumerarlos;
niños, jóvenes y viejos,
he tenido más cortejos
que tiempo para contarlos.

Olvida niña á ese tuno,
no merece que le llores,
el mejor de los amores,
es quedarse sin ninguno.

MAR. ¡Ay tia, felíz V.!
Si yo pudiera imitarla,
más mi pena he de guardarla,
pues consolarme no sé.
Jamás tornará la calma
á mi mente entristecida,
que soledad en mi vida,
que eterna noche en el alma.

D.ª PET. Me da pena tu tristeza,
que mal supiste elegir
y á donde fueron á ir,
tu cariño y tu terneza.
De que modo tan extraño
cambian las cosas María;
ayer tan pura alegría,
hoy tan torpe desengaño.

ESCENA III

MARIA, D.ª PETRA y D. PEPE entra por el fondo derecha

D. PEPE. Hola niña.

D.ª PET. ¿Ya le viste?

D. PEPE. Sí, más nada conseguí.

D.ª PET. ¿Y para esto fuiste allí,
para volver como fuiste?

D. PEPE. Y te crees tú mujer,
que yo soy omnipotente
y puedo mover la gente,
solamente con querer.
Nada, de Arturo, he sacado,
que me las tuvo muy tiesas,
y al cabo de estas empresas,
me encuentro muy fatigado.
(cambiando de tono) En vez de desesperarte
de distraerte veamos.

D.ª PET. Que decides.

D. PEPE. Que nos vamos,
con la música á otra parte.
¿Qué dices á eso María?

MAR. Soy de su misma opinión.

Hay que evitar la ocasión
de verlos más.

D. PEPE. Que alegría.
Así me gusta, muy bien.
Este es el mejor partido.
Nada, queda decidido.
mañana temprano, al tren.

ESCENA IV

MARIA D.ª PETRA D. PEPE y CARLOS entra por el fondo derecha

CAR. A la paz de Dios.

D. PEPE. Muchacho.
vienes en buena ocasión.
¿Eres de la expedición?

CAR. (aparte) A ver, como los despacho.
¿Qué expedición?

D. PEPE. La que hacemos
con Marieta y con tu tia,
tú nos haces compañía.

CAR. Más por donde viajaremos.

D. PEPE. Yo que se. Nada te importe.
La cuestión es dejar eso,
á Rusia, al Poloponeso,
á la China, al Polo Norte.

CAR. (riendo) Hombre no, no lo consiento,
haga V. un itinerario,
ó el ir será necesario,
como el lorito del cuento.

D. PEPE. En tus ideas abundo,
voy á ver la geografía.

CAR. Llévese V. á la tía,
que conoce medio mundo.

(Salen D. Pepe y D ª Petra por la segunda puerta derecha)

ESCENA V

MARIA y CARLOS después de breve pausa

CAR. Pobre tio, se preocupa
en buscarte distracciones,
y en nuestras tribulaciones,
solo el viaje le ocupa;
sin ver que no es esto todo,
y solo se logra calma
cuando se defiende el alma,

con una capa de lodo.
Del mundo en el turbión
tan solo en la orgía, brota
la alegría, porque embota
la mente y el corazón.

MAR. (con amargura) Te crees, tú, que no hay más,
en el mundo, que el placer
y que no debes saber
cosas más graves jamás.
Hay sobre el lodo maldito
que os salpica en las locuras,
en anchurosas alturas
algo grande, lo infinito.
Viniste para gozar
del mundo, ó hay en la vida
una misión, decidida
por quien te quiso crear.
Te dieron un corazón,
para querer y sentir,
y un alma para sufrir
las luchas de la pasión.
Viniste para ser útil,
para ser día y no noche,
no para ser un fantoche,
un bohemio, un sér inútil.
Para algo en el mundo estamos,
pues para algo sentimos,
si para nada servimos
el tiempo á Dios le robamos.
Si á los que tocó nacer
ricos y ser instruidos,
así estáis de pervertidos,
los pobres, dí, ¿qué han de hacer?
Calla primo, por favor,
que tus frases en tus lábios
dan á tu bondad agravios
y á mí me causan horror.
Tú, no piensas así, no;
es esto una extravagancia;
pero con tiempo y constancia
pensarás, cual pienso yo.

CAR. Pues bien, la verdad, yo siento (con intención)
como tú te has esplicado,

y si al mundo me he lanzado
fué solo con sentimiento.
El vicio me daba horror,
me daban asco sus lazos;
solo me arrojó en sus brazos,
mi infortunio y mi dolor.

MAR. ¿Tú sufres, Carlos?

CAR. Lo mismo
que el tuyo es hoy mi penar,
no por ser tranquilo el mar,
es menos grande su abismo.
Jamás mi labio expresó,
lo que mi pecho sentía,
más hoy lo digo, María,
porque ya, todo acabó.

MAR. ¿Qué dices? (con sorpresa)

CAR. (hasta el final de la escena debe demostrar lo que siente con todo el fuego posible) Que yo te he amado
con frenesí, con locura,
más quiso mi desventura
y el destino malhadado,
que este sentimiento puro
se encendiese inútilmente,
por ser á tí indiferente
aquel que no fuese Arturo.
Hoy lloras abandonada
y el desengaño te impele.
¿Quieres que yo te consuele
María, mi alma adorada?

MAR. Este que se mueve aquí
dice de mí, en lo profundo,
que no hay amor en el mundo,
que florezca para mi.
Porque hablarme asi, has osado;
donde hay razón que lo abone.

CAR. María, Dios te perdone,
si lo que has dicho has pensado.
Dime pues, donde hay razón
que proteja el delincuente,
crees que es justo y corriente
marchitar un corazón.
Es culpa mía, que yo
me rindiera á tu hermosura,

es osadía y locura
decir que te adoro. No.
Si es bello el sol cuando brilla,
y la bóveda estrellada,
si place la ola salada
cuando se rompe en la orilla.
Si en noche tranquila y pura
gozase el alma, en las bellas
y relucientes estrellas
que se ciernen en la altura,
alguien fuese á censurar
que se amara la grandeza
de la tierra y la belleza,
que á Dios le plugo crear.
De fijo tardará poco
el que decírselo oyera
sin que de cierto dijera
que era un nécio ó era un loco.
Por eso Dios al crearlas
á un tiempo formó al hacerlas,
los ángeles para verlas,
los hombres para cantarlas.
Porque pues he de callar
si eres tú, por pura y bella,
de mis ensueños la estrella,
de mis amores el mar.

MAR. Pues olvídame por Dios,
que al ver mi corazón, pienso
que para un amor fué inmenso
y es angosto para dos.

CAR. Tal mi pensamiento fué
y con frívolas palabras
la desventura que labras
evitármela pensé.
Más al verme confundido,
entre la infame ralea
que en hundirse se recrea,
en el fango envilecido.
Mi entereza hundirse ví,
y te tuve que gritar:
¡No me puedes censurar
mi liviandad fué por tí!
Sin tu cariño profundo,

¿á qué el alma aspirar puede?
¿anda incierta? pues que ruede
hasta estrellarse en el mundo.
Y me hundí en el lodazal
y aristócrata y poeta
por tí empuñé la piqueta
del edificio social,
que el mundo hiciera pedazos
con satisfacción cruel,
para hacerme un escabel
con que llegar á tus brazos. (transición)
Perdóname estos agravios,
quizás te ofendí, ten calma,
es que tengo llena el alma
y desborda por los lábios.
Jamás volveré á decir
lo que dije sin querer,
ya no he de volverte á ver
que muy pronto he de partir;
con dos tan opuestas llamas
del mar sufriendo el rigor,
se fué Arturo por tu amor,
y yo, porque no me amas. (Sale fondo derecha)

ESCENA VI

MARIA

Oh que infamia, que traición,
aprovechar mi dolor,
para herir á lo mejor,
en medio del corazón.
Núnca jamás le querré;
más á pesar de mi enfado
desde que no está á mi lado,
aquí siento no se qué.
Mientras que en eterna calma
descansa mi pensamiento;
desconocido, violento,
algo despierta en mi alma.
¿Es indignación? quizás,
¿Despecho? bien puede ser,
¿será qué vuelvo á querer?
esto no, núnca, jamás.
Si fueses tu tan villano (al corazón)

que me hicieras traición,
te arrancaba corazón
de mi pecho, con mi mano.
Ya ni en él quiero pensar,
de su presencia he de huir.
¿Porqué me vino á decir
lo que no debí escuchar?

ESCENA VII

MARIA y ESTHER entra por el fondo derecha

ESTHER. (Saludando) ¿Señorita?
MAR. (levantándose sorprendida) ¿Quién? ¿Esther? Vd. otra vez en mi casa.
ESTHER. Si señora, que le pasa.
MAR. (Aparte) Que me querrá esta mujer.
ESTHER. Vengo á traerle la paz,
que desde ayer le ha quitado,
el saber el nuevo estado
de Arturo.
MAR. Vil y falaz
nada tiene que le abone,
nada de él quiero saber.
El que mio debió ser,
murió, ¡que Dios le perdone!
ESTHER. Y sin embargo es preciso
que sepa la verdad neta,
Arturo, oiga V. Marieta (Maria hace un movimiento de disgusto al oir el nombre de Arturo)
ninguna traición le hizo.
MAR. Y V. defiende al aleve.
ESTHER. Si á un tiempo hablamos las dos...
Oigame V., que por Dios,
le juro que seré breve.
(Pausa. La narración siguiente debe decirse con toda la naturalidad posible.)
Llegó al suelo Americano,
y no encontró el pobre Arturo,
quien al verle en un apuro
fuese á tenderle la mano.
Luchó, pero fué vencido,
y vió solo en lontananza,
como suprema esperanza
ó la muerte ó el olvido.

Triste y enfermo cayó
para no volverse á alzar,
y el hambre le iba á acabar,
cuando mi padre le halló.
Adivinó su saber;
le consoló en sus dolores,
y calmó sus sinsabores
con su apoyo y su valer.
Le dió un puesto decoroso,
en su casa y á su mesa,
y en fin, que es lo que interesa
le hizo rico y poderoso.
Más mi padre, desdichado,
que le había protegido,
por otros comprometido,
se vió un día arruinado.
De pena enfermo cayó,
y cuando aquél le fué a ver
exclamó: Haz por mi Esther,
lo que por ti, he hecho yo.
Se su providencia Arturo,
y por defender su honor
dá vida, hacienda y amor,
y aquél respondió: Lo juro.
Quedé huérfana, ay de mí,
y Arturo fué mi tutor,
más tan joven protector,
como pronto comprendí,
dió aliento á la multitud
para manchar con su lengua,
de mi honrado nombre en mengua,
mi decoro y mi virtud.
Aquel alud afrentoso (animándose)
tanto. al fin. llegó á mancharme,
que solo pudo salvarme
Arturo, siendo mi esposo.
Por salvar mi honor. faltó
á la palabra empeñada,
y así, su deuda sagrada
á mi padre le pagó.
Hoy me adora, y yo lo sé,
y por miedo á rebajar
á su esposa, ha de callar

el porque faltó á su fé.
Yo no miro tal razón,
y aunque á V. quizà le asombre,
vuelvo aquí, por su buen nombre
y su honrado corazón. (transición)
Nada tengo que añadir,
le dejo á solas á Vd.;
pero pronto volveré
puesto que él está al venir.
Y quiero que V. le diga
que halla su conducta honrosa,
y si no ha sido su esposa,
en cambio será su amiga.
Ha visto el caso cual es
justa con él será infiero:
en esta otra sala espero,
Señorita, hasta después.

(Saluda y sale por el fondo derecha)

ESCENA VIII

MARIA que muy pensativa se deja caer en el sofá

Tiene razón, fué el deber
quien así le hizo faltar.
Como se iba á casar,
viendo deshonrada á Esther.
Es su supuesta traición,
que yo creí villanía,
un exceso de hidalguía,
y sobra de corazón.
Alma mía al fin alienta
que, por fortuna y por dicha,
podrás sentir tu desdicha,
más no llorarás tu afrenta.
Que hasta amante, hallo resquicio,
para estar agradecida;
era vida de su vida
y me unió á su sacrificio.
Queda solo de mi amor
la esencia ideal más pura,
la materia, mi ventura
la sacrificó á su honor.
Y esta mujer que ha podido
á costa mía salvar

hoy me viene á demandar
el perdón de su marido.
Y le perdono; testigo
es Dios, que tal es mi idea,
que con Esther felíz sea
como lo fuera conmigo.

ESCENA IX

MARIA y ARTURO, entra precipitadamente por el fondo derecha y se detiene al ver á María

ART. María. ¿Dónde está Esther? (conteniéndose)
perdóname ya olvidaba...
MAR. Hace un momento que estaba
á mi lado tu mujer.
ART. (con ansiedad) ¿Luego, sabes?
MAR. Lo se todo,
y ya que verte he logrado,
no partirás de mi lado,
sin disculparme del modo
que ignorante te traté.
Como habrás sufrido, Arturo,
tú tan hidalgo, tan puro,
tachado de mala fé.
ART. Nada, María, te arguyo,
de nuestra vida el camino
marcó contrario el destino,
cumpla cada cual el suyo.
Si para tí fué cruel,
como no pude preverlo,
seamos, para vencerlo,
superiores á él.
MAR. Tú quizás lo podrás ser,
tu voluntad lo encadena,
más yo moriré de pena
como una debil mujer.
ART. No por Dios, no morirás,
que tienes el alma fuerte,
y lucharás con la muerte
y en la lucha vencerás.
Cual no sería mi estado,
y en donde hallara disculpa
si viera yo, por mi culpa,
tu porvenir marchitado.

Tu imagen contínuamente
mi existencia anublaría.
No me condenes María
á eterno remordimiento.

MAR. Pero como he de calmar,
este afán que me devora,
como, Arturo, en una hora
mis esperanzas borrar.
La ventura prometida
aguardar año tras año,
cerrar con un desengaño
la novela de mi vida.
Yo no puedo resistir
este dolor tan profundo,
solo me resta en el mundo,
llorar mi amor y morir.

ART. Es el mundo un Oceano
con olas embravecidas,
en donde flotan las vidas,
con aliento soberano.
Sin rumbo ni dirección,
cada una de ellas se lanza
en las velas la esperanza,
y con la fé en el timón.
Más cuando el piloto experto
vé que soplan las pasiones,
arroja al mar ilusiones
para conseguir el puerto.
Nunca la nave velera
en la lucha retrocede,
que ruge el mar, pues no cede
y suceda lo que quiera.
Que sabe buscar la calma
sobre del abismo ignoto,
dentro del buque el piloto
y dentro del cuerpo el alma.
Que si aquel del sol en pos
halla el camino derecho,
el alma lo halla en el trecho,
que la separa de Dios.
Más si cuando el viento zumba,
desfallece en la batalla,
el pobre marino halla

entre las olas la tumba.
Cierra del dolor la llave
y no quieras ser María
juego de la mar bravía,
que ruge bajo tu nave.

MAR. Y he de sufrir su rigor
sin amparo.

ART. No María,
que en el mundo hay quien daría
su vida por tu dolor.

MAR. Carlos quizás.

ART. Carlos, sí,
que amándote con locura,
enmudeció en tu ventura
y hoy vuelve rendido á tí.
De corazón levantado,
aunque la frase te enoje,
sublime el amor recoge
por otro sacrificado.
Con hidalguía sin nombre
en su pecho hay amor tanto,
que quiere enjugar el llanto
que viertes por otro hombre.
Tú ofuscada no lo ves,
ni antes yo lo ví tampoco.
Carlos soñador y loco,
es el mejor de los tres.

MAR. Y bien, aunque así fuera,
por su inocencia de niño
debo darle mi cariño,
porque otro no lo quiera.
Trocar mi ternura así,
no Arturo, si tal hiciera
él quizá lo agradeciera
más, me avergonzara á mí.

ART. (con senti iento) Orgullo mal entendido,
te ha dictado estas palabras,
pues la desventura labras
de quien núnca te ha ofendido.
Viviendo sola y altiva
llorando tu infausta suerte,
á Carlos le das la muerte,
á mí, dolor mientras viva.

Haciéndome enamorada
de tu vida el sacrificio,
me condenas al suplicio,
de mirarte desgraciada.
Y con la pena de verte
pago toda mi falsía,
y entonces, dime María,
que deberé agradecerte.
Y si en este tiempo mismo
muere Carlos desdeñado,
no es digno de ser odiado
de tu amor el egoismo.
Si por el contrario, al noble
Carlos, entregas tu alma,
no te deberé la calma
y estaré obligado el doble.
Piérdele á él y me pierdo,
ámale y podrás, María,
gozar con orgullo un día
el cariño del recuerdo.
Hoy con tu dolor me humillas.
Salvarme en tu mano está,
Carlos, en donde estará.

(Carlos aparece en el fondo.—Arturo se dirije á él lo coje de la mano y le obliga á arrodillarse ante María.)

Carlos pronto de rodillas.

ESCENA X

MARIA, ARTURO y CARLOS que entra por el fondo derecha, luego Esther

ART. Dile otra vez que la adoras.
CAR. María, perdón, mentí;
yo no me alejo de aquí,
sin que tú me quieras. Lloras. (se levanta)
Cuan infelíz es mi amor,
si dolorido se queja,
solo tu rostro refleja
de tu desden el rigor.
Porque te he de dar enojos
si al mirarte entristecida,
pagara yo con la vida
las lágrimas de tus ojos.

MAR. (conmovida) Carlos, el llanto que vierto,
es por tí, que por constante
mereces un alma amante,
y la mía, ay Dios, ha muerto.
Tu amor exige sonrisas
y solo llanto te entrego,
tu fuego merece fuego,
y solo tengo cenizas.

CAR. Todo el cariño lo alcanza,
no has muerto, que estás dormida;
yo te volveré á la vida
que es mi lema, la esperanza.

ART. Tu porvenir se salvó,
mi falta está perdonada;
por ver mi dicha colmada,
¿qué es lo que me falta?

(Esther que aparece en el fondo al principiar el anterior verso, dice dirigiéndose á Arturo.)

ESTHER. ¿Yo?

ART. Dices bien, ven á mis brazos,
que ya borrada la pena,
es más dulce la cadena
de nuestros sagrados lazos.
Carlos sé fiel á María,
prémiale tú su ternura, (á María)
y será vuestra ventura
la absolución de la mía.

ESCENA XI

MARIA, ARTURO, CARLOS, D. PEPE y D.ª PETRA salen por la segunda puerta derecha

(La colocación es la siguiente.—María, primer término derecha; Carlos, á su lado, junto á él Arturo y Esther, D. Pepe á la salida se dirige á Carlos y Esther colocándose al lado de la última D.ª Petra, queda junto á María.)

D. PEPE. María ya.....
¿Cómo es esto? (indignado)
Vdes. aquí en mi casa.
Esto de la raya pasa,
señores, afuera presto.

MAR. Tío, déjelos V.,
vuelve la paz á reinar.

D. PEPE. Ya, como vas á marchar,
les perdonas. Bien.
MAR. No, á fé,
sino, que á Arturo, le pido
perdón, por haber dudado
de su palabra. Su honrado
proceder he conocido.
CAR. Tio de una novedad,
es preciso que le entere,
y es que María me quiere.
D. PEPE. ¿Pero es cierto?
MAR. (duda un momento. pero al advertir la mirada de amor de Carlos dice resuelta) Es la verdad.
D. PEPE. (con ironía) Y aquel amor dolorido.
MAR. Pasó toda mi aflicción.
D.ª PET. Para mudar de opinión
no hay como encontrar marido.
ESTHER. (á Arturo) Ya con tu deber cumpliste
ART. Gracias mi angel querido
mi dolor desvanecido
te lo debo, tú lo hiciste.
ESTHER. A América y sus placeres.
CAR. (á María) Yo aquí donde supe amarte.
D. PEPE. Y yo voy á cualquier parte,
en donde no haya mujeres.
CAR. Ya cierta mi dicha veo.
ART. Y va á amarte más que á mí.
MAR. Jamás Arturo te ví,
tan grande como te veo.
Muerto mi amor por completo
dentro de mi corazón,
lo que antes fué pasión,
hoy se convierte en respeto.
Siempre á su recuerdo fiel
el alma te admirará,
y nuestro sitio será.....
ART. Este el mío (abrazando a Esther
El tuyo aquél. (señalando a Carlos)

FIN

MANUFACTURES

DES

Glaces & Produits Chimiques

DE

ST-GOBAIN CHAUNY & CIREY

RUE SAINTE-CÉCILE, 9

Paris

Marque Déposée

OPALINE LAMINÉE

Brevetée S. G. D. G.

Ce Tarif annule le Précédent.

IMP. PRIEUR ET DUBOIS, PUTEAUX.

3 0112 117460110